

DEFINICIÓN

Virtualmente, cada concepto importante en las ciencias sociales es el resultado de un impresionante proceso de secularización, un proceso que se desarrolla a partir de la experiencia práctica: desde los apremios (a menudo abrumadores) de los conflictos morales, económicos y políticos hasta llegar al mundo intelectual de los debates conceptuales, a la disputa entre paradigmas, a los programas de investigación y a los debates empíricos. Por supuesto que aun después de haberse realizado esta transición, tales conceptos retienen asociaciones morales y políticas significativas y también, por supuesto, siguen siendo muy discutidos. Lo que cambia es el terreno del debate, el lugar donde se produce tanto la discusión como el acuerdo sobre ellos. Después de todo, el campo intelectual tiene su propia especificidad característica.

Este proceso —es fácil advertirlo— dio lugar a la creación de conceptos tan aparentemente “clásicos” en la ciencia social como los de clase, estatus, raza, partidos, religión y secta. Más recientemente, podemos observar un proceso similar de secularización con la aparición de conceptos como género, sexualidad e identidad. En este momento, el concepto de “sociedad civil” está atravesando por un proceso de secularización semejante. Por segunda vez esta idea ha irrumpido en el discurso intelectual desde el tumulto de la vida política y social. Una vez más, debe redefinirse conceptualmente para que pueda ser materia de un análisis moral más disciplinado y de la ciencia social empírica.

En este ensayo sugeriré que la sociedad civil se ha concebido de tres modos típico-ideales, cada uno de los cuales ha remplazado al anterior en un momento histórico. Después de situar históricamente estos tipos ideales —principalmente en términos de sus relaciones con el “capitalismo”— y evaluarlos teóricamente, introduciré un modelo analítico de la relación entre la sociedad civil y otros tipos de esferas institucionales que componen la sociedad; sugeriré que sólo a partir de la comprensión de las “relaciones fronterizas” entre las esferas civiles y las no civiles podremos transformar la noción de sociedad civil de un concepto normativo a un concepto “real”, que pueda ser estudiado de un modo científico.

HISTORIA, TEORÍA Y CRÍTICA

La sociedad civil I: inclusividad y sacralización

Es bien conocido que, en su forma moderna, posmedieval y poshobbesiana, la “sociedad civil” entró en la comprensión social hacia fines del siglo XVII con los escritos de figuras como Locke y Harrington (V. Seligman, 1993). El concepto de sociedad civil, tal como fuera desarrollado subsecuentemente por los moralistas escoceses —especialmente Ferguson y Smith—, por Rousseau, por Hegel y, quizás usado enérgicamente por última vez, por Tocqueville, era una noción inclusiva, un concepto muy amplio usado para referirse a

una plétora de instituciones fuera del Estado. Precisamente este concepto incluía el mercado capitalista y sus instituciones, pero también lo que Tocqueville llamaba “religión voluntaria” (las denominaciones protestantes no establecidas), las asociaciones y organizaciones públicas y privadas, todas aquellas formas de relaciones sociales de cooperación que creaban lazos de confianza, la opinión pública, los derechos e instituciones legales y los partidos políticos.

Es importante notar que, en este primer periodo de su comprensión moderna, la sociedad civil (sc I) estaba impregnada de una fuerza moral y ética características. Como ha mostrado Hirschman (1977) en *The Passion and Interests*, las cualidades “civilizadoras” asociadas a la sociedad civil se extendieron hacia el propio mercado capitalista, sus contratos, comercio, circulación de mercancías y dinero, sus comerciantes y la propiedad privada. Identificada en estos términos como *le doux commerce*, el proceso y las instituciones del mercado capitalista fueron concebidos positivamente —al menos por los pensadores progresistas de la época— como una ayuda para producir las cualidades asociadas con la paz internacional, la tranquilidad doméstica y la creciente participación democrática.

El capitalismo fue considerado como generador de autodisciplina y responsabilidad individual, lo que ayudaba a crear un sistema social antitético del aristocrático, donde la ética caballeresca subrayaba las proezas individuales, típicamente las de tipo militar, y las jerarquías de estatus se mantenían por la fuerza hegemónica. Hirschman demuestra, por ejemplo, que los trabajos de Montesquieu expresan un alto grado de orgullo ético por el capitalismo en esta fase temprana. En este mismo sentido, la famosa e influyente *Autobiografía* de Benjamin Franklin, llena de vanas autocomplacencias y que identifica la virtud pública con la disciplina y la propiedad de la vida de mercado, es otro ejemplo importante de un tipo más popular y más burgués, aunque quizá no menos literario.

El carácter moral y ético, decididamente positivo, atribuido a la sociedad de mercado sufre una profunda transformación en la primera mitad del siglo XIX. El desarrollo de la fase industrial del capitalismo originó la absoluta superación de aquella famosa fábula de Mendeville que comparaba la cooperación capitalista con la de las abejas. Tal como Hirschman cuenta la historia, la asociación peyorativa del capitalismo con el utilitarismo inhumano, la dominación y la explotación surgió en un primer momento entre los economistas políticos radicales británicos, como Hodgkins, en las décadas de 1820 y 1830. A principio de los cuarenta del siglo XIX, Marx se encontró con esta literatura maniquea y la dotó de una teoría económica y sociológica sistemática. A pesar de que su voz fue, con mucho, la más importante desde el punto de vista teórico, históricamente sólo fue una entre muchas, ya que el odio incipiente al capitalismo, su identificación con todas las maldades de la dominación feudal, fue expresado por un gran coro de utopistas, socialistas y republicanos.

Es notable que los nuevos industriales capitalistas y

su séquito de portavoces liberales no retrocedieran ante esta nueva visión del capitalismo como una fuerza anti-social, la cual, blandiendo la doctrina del *laissez faire*, más bien de un modo antismithniano, parecía tener como divisa: "¡la sociedad debe ser condenada!" No existe mejor representación de esta creciente autocomprensión del antagonismo entre el "mercado" malvado y egoísta y la sociedad, en el sentido colectivo y moral, que el libro de Polanyi *The Great Transformation* (1950), un libro que sirvió en la posguerra para perpetuar los grandes malentendidos que estoy abordando aquí.

La sociedad civil II: reduccionismo y profanación

En la teoría social, esta honda transformación de la moral y la identidad social del mercado capitalista tuvo un efecto funesto para la sociedad civil. Como lo puntualizara por primera vez Kean (1988), las connotaciones de este fecundo concepto se estrecharon drásticamente. Despojándola de sus lazos cooperativos, democráticos, de asociación y públicos, esta segunda versión de la sociedad civil (sc II) la vinculaba peyorativamente sólo con el mercado capitalista. Tal reducción se reflejó y cristalizó de un modo especialmente claro e influyente en los escritos de Marx entre 1842 y 1845. A partir de entonces, la sociedad civil fue considerada no sólo un campo para el juego de los intereses privados y puramente egoístas, sino también una "superestructura", una arena política y legal que constituía un camuflaje para la dominación de las mercancías y de la clase capitalista. Para Marx, el capitalismo industrial parece componerse sólo de mercados, grupos formados por los mercados y los Estados; de esta manera, la sociedad —en su sentido moral y colectivo— se disuelve. Marx pensaba que sólo los lazos de cooperación (sumergidos y reprimidos) establecidos por la clase trabajadora en el proceso de producción podrían ser la base para una organización social cohesionada colectivamente.

No es sorprendente que en esta situación social e intelectual de mediados del siglo XIX el concepto de sociedad civil pronto haya desaparecido como elemento importante de la teoría social, pues se trataba únicamente de un epifenómeno del capitalismo, y por lo tanto, la sociedad civil ya no era necesaria, ni intelectual ni socialmente. En ese contexto y ante los estragos del capitalismo industrial, la atención —tanto social como intelectual— se desvió hacia el Estado. La igualdad sustantiva, más que la formal, saltó a primer plano; perdieron importancia los temas de la participación democrática y la libertad que antes habían sido concebidos como inherentes a la igualdad en sus otras formas. Surgieron fuertes teorías del Estado, tanto entre radicales como entre conservadores, y la regulación burocrática apareció como el único contrapeso a la inestabilidad y a las crueldades de la vida de mercado. La movilidad, la pobreza y el conflicto de clase se convirtieron en los principales tópicos de las nascentes ciencias sociales, tanto en la teoría como en la investigación. En la filosofía política y social, las teorías del contrato y el utilitarismo, así como el acento neokantiano en la justicia en términos de racionalidad formal y de organización, alcanzaron prominencia a expensas de las investigaciones éticas acerca de los requerimientos de la "buena vida".

La enorme distorsión que se produjo en este siglo en torno a las relaciones entre sociedad civil y capitalismo ha tenido lamentables consecuencias. Al identificar la sociedad con el mercado, los ideólogos de la derecha argumentaban que el funcionamiento efectivo del capitalismo dependería de la disolución de los controles sociales. Los ideólogos, anclados en el supuesto de que la sociedad civil es el mercado privado y que los procesos económicos producirían *por sí mismos* las instituciones necesarias para promover la democracia y el respeto mutuo, habían disuelto, sin escrúpulos morales, las instituciones públicas que ayudaban a cristalizar la solidaridad social más allá del mercado. No obstante, si para la derecha la identificación entre sociedad civil y capitalismo sugería la abolición de la sociedad, para la izquierda sugería la abolición del mercado y de la propiedad privada misma. Si la civilidad y la cooperación habían sido pervertidas y distorsionadas por el capitalismo, éste debía ser abolido para restaurar aquéllas. En esta tarea, el "gran Estado" se convertía en el principal aliado de la izquierda, y los movimientos progresistas se asociaban no sólo con la igualdad sino con un control burocrático formal y, frecuentemente, autoritario.

Como es bien conocido, en la última década una serie de hechos culturales y sociales ha creado las condiciones para la renovación del compromiso intelectual con la sociedad civil. Desde el punto de vista económico, la teoría del "gran Estado" ha perdido su prestigio a partir del fracaso de la productividad de las economías dirigidas, y desde el punto de vista político y moral, con la caída del comunismo de Estado y de los regímenes burocrático-autoritarios. Dentro de las ciencias sociales existe ahora un mayor interés por los lazos informales, las relaciones íntimas, la confianza, los procesos culturales y simbólicos y las instituciones de la vida pública. Dentro de la filosofía moral y política se ha producido no sólo un regreso a las teorías de la democracia, sino —a partir de la influencia de un renovado interés por Aristóteles, Hegel y el pragmatismo— un retorno a las investigaciones hermenéuticas sobre los mundos de vida asociados a las comunidades y las culturas locales.

La sociedad civil III: diferenciación analítica y realismo

Estos desarrollos teóricos y los procesos sociales de los que ellos informan y son reflejo nos han permitido comprender a la sociedad civil de una manera más clara que nunca antes. En forma más precisa y específica que la idea abarcadora —inclusiva y totalizadora— de la sc I, más general e incluyente que la asociación reduccionista y estrecha de la sc II, actualmente existe un creciente reconocimiento y un gran interés por la sociedad civil como una esfera que es analíticamente independiente y, en varios sentidos, empíricamente diferenciada no sólo del Estado y del mercado, sino también de otras esferas sociales.

Con esta sociedad civil III (sc III), así entendida, se hace más claro que las anteriores concepciones vincularon erróneamente la sociedad y el mercado, tanto mediante el individualismo (su surgimiento), como con el sentido colectivo de la obligación social (su declinación). El individualismo (véase, por ejemplo, Taylor, 1989) como fuerza moral, realidad institucional y con-

junto de prácticas de interacción ha tenido una larga historia en las sociedades occidentales. Existe un *background* no económico en el individualismo que puede apreciarse en la herencia cultural de la cristiandad con su acento en la inmortalidad del alma, la conciencia y la confesión; en la autoconfiguración del Renacimiento; en la importancia que dio la Reforma a la relación individual con Dios; en la deificación de la razón individual que hizo la Ilustración, y en la restauración de la expresividad individual que realizó el romanticismo. Las instituciones que recompensan y modelan la individualidad deben ser rastreadas desde las garantías legales inglesas a la propiedad privada en el siglo XI, los parlamentos medievales que distinguen la especificidad del feudalismo occidental, y las nuevas ciudades independientes que surgieron en los últimos tiempos del Medioevo y tuvieron un gran papel histórico hasta la aparición de los Estados absolutistas. En otras palabras, las prácticas económicas del mercado capitalista no inventaron la moral (o inmoralidad) individualista; más bien, esas prácticas deben ser vistas como indicadores de una nueva especificación e institucionalización del individualismo junto con otras formas nuevas de la organización social, como la actividad de las sectas religiosas, la democracia parlamentaria de masas y el amor romántico.

Tal como el individualismo en sus formas morales y expresivas precede, sobrevive y, desde luego, rodea al individualismo instrumental y autoorientado institucionalmente en el mercado capitalista, así procede la existencia de la "sociedad". Como ha mostrado Margaret Somers (1993), los lazos civiles y la compulsión de las obligaciones hacia la comunidad de otros eran parte de la estructura fundamental de muchas pequeñas ciudades británicas antes de la aparición de la vida capitalista contemporánea. Como sugieren los escritos de Leah Greenfield (1992) y Rogers Brubaker (1996), la noción de un "pueblo" basado en un linaje común, en la comunidad como *ethos*, formó las primeras bases para una concepción de la nacionalidad particularista y éticamente ligada, por lo menos desde el siglo XV. Las prácticas egoístas, impersonales y moralmente irresponsables del temprano capitalismo industrial no fueron impedidas por cierto tipo de movimiento "proteccionista" que creciera misteriosamente de la nada, como Polanyi parece afirmar en su descripción de la reacción a la "sociedad de mercado". Al contrario, este movimiento proteccionista que actuaba en nombre de la "sociedad" surgió precisamente porque en la vida social occidental ya existían reservas no individualistas y de antimercado fuertemente institucionalizadas y culturalmente determinadas. De estas fuerzas, como ha mostrado más recientemente Patrick Joyce (1991), emanaron las protestas contra el capitalismo en nombre del "pueblo".

Como sugiere este breve examen histórico, la sociedad civil y el capitalismo deben ser conceptualizados en términos fundamentalmente diferentes. La sociedad civil debe ser concebida (Alexander, 1997) como una esfera solidaria en la cual cierta clase de comunidad universalizada viene a definirse y, hasta cierto punto, a reforzarse. La opinión pública muestra el grado en que existe esta comunidad solidaria; además, ella posee sus propios códigos culturales y sus narrativas en un idioma democrático, está configurada a partir de un con-

junto de instituciones peculiares, las más notables de las cuales son las periodísticas y las jurídicas, y se hace visible a través de un conjunto característico de prácticas interaccionales, como civilidad, igualdad, criticismo y respeto. Esta clase de comunidad civil no puede existir sólo por sí misma, sino en función de sus relaciones. Esto es así porque ella está siempre interconectada e interpenetrada con otras esferas más o menos diferenciadas, las cuales tienen sus propios criterios de justicia y sus propios sistemas de gratificaciones. No hay razón para preferir alguna de esas esferas no civiles sobre las otras. La economía, el Estado, la religión, la ciencia, la familia, cada una de estas esferas diferenciadas de actividad constituye una característica definitoria de las sociedades modernas y posmodernas. No estamos en una sociedad capitalista más de lo que estamos en una sociedad burocrática, una secular, una racional o una civil.

LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE CONTEMPORÁNEO

En vez de tratar de reducir el sistema social contemporáneo a la identidad de una de éstas esferas, lo que sugeriría, más bien, es que comprendamos la diferenciación social tanto como un hecho cuanto como un proceso y que estudiemos las relaciones fronterizas que se producen entre las esferas. Esto no significa abandonar el proyecto de democracia e igualitarismo enarbolado por la SC I. Para articular esta relación, usaré el concepto de SC III para desarrollar un modelo de lo que llamaré la relación entre la esfera civil y las esferas no civiles. Concebido desde la relación entre sociedades civiles, empezaré por demostrar que la historia social del "capitalismo" puede ser iluminada precisamente en estos términos.

Fronteras entre la esfera civil y las no civiles. Revisión del problema del "capitalismo"

Se puede hablar de las relaciones fronterizas entre la esfera civil y las no civiles en términos de facilitación de insumos, intrusiones destructivas y "reparaciones" civiles. Las tensiones que se producen en la frontera pueden distorsionar severamente la sociedad civil y amenazar la posibilidad misma de una vida social efectiva y democrática. Estas fuerzas distorsionadoras son intrusiones destructivas: frente a ellas, los actores e instituciones de la sociedad civil pueden hacer reparaciones por la vía de buscar regular y reformar lo que ocurre en esas esferas no civiles. No obstante, tal interpenetración entre subsistemas puede ocurrir de otra forma, ya que también algunos de los bienes y formas sociales producidos por otras esferas facilitan realmente la realización de una vida más civil. Los teóricos y políticos conservadores —por no mencionar a las élites de las propias esferas no civiles— se inclinan a subrayar esos insumos facilitadores de las esferas no civiles en la creación de una buena vida social. Los liberales y la izquierda radical están más inclinados a acentuar las intrusiones destructivas que esas interpenetraciones ocasionales y las reparaciones que tienen que hacerse como resultado de ellas. En el esfuerzo de teorizar de manera general la relación entre la sociedad civil y

otros tipos de instituciones sociales, ninguno de los lados puede ser ignorado.

El que la esfera económica en su forma capitalista facilite de manera importante la constitución de una sociedad civil es un hecho histórico y sociológico que no debe ser negado. Cuando una economía se estructura por los mercados, se estimula la conducta independiente, racional y autocontrolada. Por esta razón los primeros intelectuales del capitalismo, desde Montesquieu hasta Adam Smith, vieron la sociedad de mercado como un antídoto sereno y civilizador contra las glorias militaristas de la vida aristocrática. En parte también por esta misma razón las sociedades salidas recientemente del comunismo han confiado su nacimiento a la creación de sociedades de mercado. Más aún, aparte del mercado, la industrialización por sí misma puede ser vista en un sentido positivo. La producción en masa, que crea un enorme suministro de bienes materiales baratos y accesibles, disminuye las diferenciaciones individuales y las marcas de estatus que separan a ricos de pobres en economías más restrictivas. Se hace cada vez más posible para las masas expresar su individualidad, su autonomía y su igualdad a través del consumo y, al hacerlo, tomar parte en la herencia simbólica común de la vida cultural. Así, los insumos facilitadores se producen también desde el lado de la producción. El propio Marx fue de los primeros en señalar que las complejas formas del trabajo en equipo y la cooperación necesaria en las empresas productivas pueden considerarse formas de socialización mediante las cuales las personas aprenden a respetar y confiar en sus compañeros en la esfera civil.

En tanto la economía capitalista provee a la sociedad civil de facilidades tales como independencia, autocontrol, racionalidad, igualdad, autorrealización, cooperación y confianza, las relaciones fronterizas entre estas dos esferas no serán conflictivas y la diferenciación estructural producirá tanto integración como individuación. Sin embargo, es claro para todos, menos para los más intransigentes defensores del mercado libre, que la economía industrializada y de mercado ha introducido al mismo tiempo obstáculos al desarrollo del proyecto de la sociedad civil. En el lenguaje común de la ciencia social estos obstáculos se han expresado en términos de desigualdades económicas como división de clases, diferenciales de viviendas, mercados laborales duales, pobreza y desempleo. Estos factores sólo han cristalizado en términos sociales —esto es, como problemas sociales producidos por la dinámica de la opinión pública y los movimientos sociales (Alexander, 1996)— porque han sido vistos como intrusiones destructivas dentro del reino de lo social. Los criterios económicos parecen interferir con los civiles.

La estratificación de los productos económicos, tanto humanos como materiales, limita y polariza a la sociedad civil y otorga un vasto campo al “discurso de la represión”, el cual contamina y degrada los fracasos económicos. A pesar de que no existe una relación inherente entre las fallas por alcanzar la distinción en el terreno económico y las fallas por mantener las expectativas en la sociedad civil —la ausencia de conexión es el punto mismo de constitución de una esfera civil independiente—, continuamente se hace esta conexión. Si usted es pobre, frecuentemente será considerado como irracional, dependiente y perezoso no sólo en el terreno eco-

nómico, sino también en la sociedad. En otras palabras, la relativa asimetría de recursos inherente a la vida económica se traduce en proyecciones acerca de la competencia o incompetencia civil. A menudo es difícil para aquellos que no tienen logros económicos, o riqueza, comunicarse efectivamente en la esfera civil, recibir completo respeto por parte de sus instituciones reguladoras e interactuar con otras personas más exitosas económicamente de forma completamente civil (Sennett y Cobb, 1972). Finalmente, el poder material como tal, el poder ganado en el terreno económico muy a menudo se torna una base efectiva e inmediata para los debates civiles (véase Walzer, 1983). A pesar de que la profesionalización del periodismo ha separado la propiedad de los medios de su control efectivo, los capitalistas pueden comprar periódicos (instituciones de comunicación esenciales en la sociedad civil) y, por tanto, influir fundamentalmente en la configuración del campo social.

Independientemente del grado en que la sociedad civil existe como una fuerza independiente, sus integrantes menos privilegiados tienen una presencia dual. Ellos no son solamente miembros no exitosos o dominados de la economía capitalista, sino que tienen la habilidad para demandar respeto y poder con el argumento de que su participación en el terreno civil está sólo parcialmente realizada. Más aún, sobre la base del universalismo de la solidaridad de la sociedad civil, consideran que esas demandas deben encontrar una respuesta. Ellos difunden sus exigencias a través de las instituciones de comunicación de la sociedad civil; organizan movimientos sociales que demandan el socialismo o simplemente justicia económica a través de sus redes y espacios públicos, y crean organizaciones voluntarias como los sindicatos, que piden salarios más justos para los empleados. Algunas veces usan su espacio en la sociedad civil para confrontar directamente a las élites y las instituciones económicas y logran obtener concesiones de la negociación cara a cara. Otras veces hacen uso de instituciones reguladoras como la ley y el sufragio para forzar al Estado a intervenir a su favor en la vida económica. Si bien estos esfuerzos y reparaciones a menudo fallan, frecuentemente también tienen éxito en la institucionalización de los “derechos de los trabajadores”. En esta situación, se puede decir que el criterio civil ha entrado directamente dentro de la esfera económica y capitalista: se prohíben las condiciones peligrosas en el trabajo; se proscriben la discriminación en los mercados laborales; se limita la arbitrariedad de la autoridad económica; se humaniza y controla el desempleo, y, finalmente, la riqueza misma se redistribuye de acuerdo con criterios que pueden considerarse antitéticos de los estrictamente económicos.

Este tipo de tensiones e intercambios en las relaciones fronterizas que he descrito aquí no deben ser entendidos como si el capitalismo y la sociedad civil estuvieran superpuestos uno a la otra. Sólo separando analíticamente sus dominios podremos sacar algún provecho no sólo de la dolorosa herencia económica de los dos últimos siglos, sino también de las extraordinarias “reparaciones” que se han hecho a la sociedad como respuesta. No hay duda, por supuesto, de que en las relaciones fronterizas entre la economía capitalista y la sociedad civil el intercambio de insumos facilitadores, las intrusiones destructivas y las reparaciones

continuarán en el futuro. En ese proceso, los nuevos tópicos relacionados con la economía —por ejemplo, la democracia en los lugares de trabajo (Bobbio, 1987)— serán el foco de la agenda pública.

*Relaciones fronterizas no económicas
entre las esferas civiles y no civiles*

Hasta aquí he tratado de separar a la sociedad civil y el capitalismo; sin embargo, no basta con esa separación, también es precisa una mejor conceptualización del peso de la economía. Hay que objetar la identificación del "capitalismo" con la "sociedad", esto es, desafiar la misma noción de que la sociedad en la que vivimos puede ser comprendida bajo la rúbrica del capitalismo. Después de todo, los mercados no son las únicas amenazas a la vida civil democrática; ni siquiera se puede decir que son las peores amenazas. Cada una de las otras esferas no civiles han socavado la sociedad civil en diferentes épocas y modos. En los países católicos, los judíos y los protestantes a menudo han sido concebidos como no civiles y se les ha impedido una entrada completa a la vida civil. En la historia de la mayoría de las sociedades civiles el poder patriarcal en la familia se ha traducido directamente en una falta de estatus civil para las mujeres. El poder científico y profesional les ha dado poder a los expertos y ha excluido a las personas comunes de una participación plena en discusiones civiles vitales. Las oligarquías políticas, tanto en las organizaciones privadas como en los propios gobiernos nacionales, han usado el secreto y la manipulación para privar a los miembros de la sociedad civil de acceso a la información en torno a decisiones que afectan su vida colectiva. La estructura racial y ética de las comunidades primordiales ha distorsionado la sociedad civil en formas terribles.

De hecho, la identificación del capitalismo y la sociedad civil es sólo un ejemplo de la superposición reduccionista y restrictiva de la sociedad civil a un tipo particular de dominio no civil. En el curso de la his-

toria de Occidente, las intrusiones anticiviles que he referido antes han sido tan destructivas, que los movimientos sociales organizados para repararlas y los teóricos que han articulado sus demandas han llegado a creer algunas veces que esos obstáculos son intrínsecos a la propia sociedad civil. Los socialistas han argumentado que la sociedad civil es esencial e irrevocablemente burguesa, que mientras existan mercado y propiedad privada los participantes en el dominio económico no podrán ser tratados de modo igualitario y respetuoso. De manera similar, las feministas radicales han argumentado que la sociedad civil es inherentemente patriarcal, que la misma idea de sociedad civil es imposible de realizar en una sociedad en donde hay familias que permiten que los hombres dominen a las mujeres. Análogamente, los sionistas han argumentado que las sociedades europeas son fundamentalmente antisemitas. Los nacionalistas negros han afirmado que el racismo es esencial y que en el dominio civil de las sociedades blancas los negros estarán siempre y necesariamente excluidos.

Sobre la base de lo aquí presentado, lo que sugiero es que esos argumentos radicales para la emancipación desde la sociedad civil no son nunca ni empíricamente exactos ni moralmente obligatorios. Debido a que se trata de generalizaciones hechas a partir de lo que han sido en realidad unas relaciones fronterizas muy distorsionadas y opresivas, inducen a la falsa conclusión de que la esfera civil inevitablemente tiene que ser distorsionada en esta forma. Desde esta base errónea, se imaginan sociedades utópicas que rechazan tanto el universalismo de la esfera civil como aquellos conflictos de las relaciones fronterizas que son un resultado inevitable del pluralismo y la complejidad de la vida social democrática. La separación del capitalismo y la sociedad civil indica, entonces, la necesidad de reconocer la autonomía relativa que existe entre la sociedad civil y otros tipos de esferas sociales, una autonomía relativa que algunas veces se manifiesta en interpenetraciones muy destructivas, pero que también puede permitir efectos altamente reparadores.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Jeffrey C. (1990), "Real Civil Societies", manuscrito inédito.
- (1996), "Collective Action. Culture and Civil Society: Secularizing Updating, Revising and Displacing the Classical Model of Social Movements", en M. Diani y J. Clarke (eds.), *Alain Touraine*, Falmer, Londres, pp. 205-234.
- (1997), "The Paradoxes of Civil Society", *International Sociology* 12 (2), 115-133.
- Bobbio, Norberto (1987), *The Future of Democracy*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Brubaker, Rogers (1996), *National Reframed: Nations and the National Question*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Calhoun, Craig (1992), *Habermas and the Public Sphere*, MIT Press, Cambridge.
- Diamond, Larry (1992), "Introduction: Civil Society and the Struggle for Democracy", en L. Diamond (ed.), *The Democratic Revolution, Struggles for Freedom and Pluralism in the Developing World*, Freedom House, Londres.
- Greenfeld, Liah (1992), *Nationalism: Five Roads to Modernity*, Harvard University Press, Cambridge.
- Hall, John A. (1995), *Civil Society: Theory History, Comparison*, Polity, Cambridge.
- Hirschman, Albert O. (1977), *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton University Press, Princeton.
- Joyce, Patrick (1991), *Visions of the People: Industrial England and the Question of Class. 1840-1914*, Cambridge University Press.
- Keane, John (1988), "Remembering the Dead: Civil Society and the State from Hobbes to Marx and Beyond", en J. Keane, *Democracy and Civil Society*, Verso, Londres, pp. 31-568.
- Polanyi, Karl (1957), *The Great Transformation*, Beacon, Boston.
- Seligman, Adam (1993), *The Idea of Civil Society*, Free Press, Nueva York.
- Sennett, Richard, y Jonathan Cobb (1972), *The Hidden Injuries of Class*, Vintage, Nueva York.
- Sommers, Margaret R. (1993), "Citizenship and the Place of

- the Public Sphere: Law Community and Political Culture in the Transition to Democracy", *American Sociological Review*, 58 (5), 587-620.
- Stepan, Alfred (1985), "State Power and the Strengthening of Civil Society in the Southern Cone of Latin America", en P. B. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (eds.), *Bringing the State Back in Cambridge*, Cambridge University Press.
- Taylor, Charles (1989), *Sources of the Self: The Making of Modern Individualism*, Harvard University Press, Cambridge.
- Walzer, Michael (1983), *Spheres of Justice*, Basic, Nueva York.